

*Primera parte*



Lo he conseguido! —Crucé mi pequeño apartamento con los tacones puestos mientras mi respiración se normalizaba—. Lo he logrado seis años después, por fin he perfeccionado la coreografía de *Single Ladies*.

—Enhorabuena —me felicitó Laurie por teléfono—. ¿Eso significa que aún no has salido de casa?

—No pienso echarme novio ahora. No puedo desperdiciar tantas horas de trabajo duro —le advertí.

—Me parece muy bien, no tienes por qué encontrar novio hoy, pero lo que sí podrías hacer es coger el metro y venir a Wimbledon.

—¿Tú ya estás ahí?

—No ando lejos. Venga, quítate esos *leggings*...

«¿Cómo lo sabe?»

—...y mete tu apestoso culo en la ducha.

Colgué el teléfono y me quité los *leggings* sudados y los tacones; estaba encantada con mi logro personal. Canturreé y bailé hasta mi fantástica ducha en cascada de mi precioso baño turquesa donde en seguida percibí el dulce aroma de todos mis productos femeninos: nunca había estado tan contenta de vivir sola. Luego me puse un vestido y abrí las cortinas como si no hubiera estado haciendo nada raro.

—Buenos días —les dije a los elegantes transeúntes de Notting Hill—. ¿Qué tal por el crematorio esta mañana?

El metro se detuvo con un traqueteo y escupió otra bocanada de cuerpos al andén mientras dos hilillos de sudor resbalaban por la parte posterior de mis piernas. Fue muy *sexy*. No creo que hiciera tanto calor

en Londres desde el gran incendio de 1666. Los habitantes de la enardecida ciudad caían como moscas y paseaban sus caras amargadas por toda la línea de metro de *Circle line*.

A mí me gusta que haga calor en Londres, cuanto más abrasador, mejor. Me encanta ver cómo la idea preconcebida de las hordas de turistas que esperan llegar aquí y encontrarse una Inglaterra lluviosa, se disipa succionada por una ráfaga de brisa cálida que se lleva nuestros clásicos cielos nublados y grises para descubrir un techo de brillante azul celeste.

Y no hay nada que le guste más a un británico que sentarse bajo el sol del mediodía al primer indicio de verano, motivo por el cual me uní a cientos de personas en su peregrinaje anual a Wimbledon para ver el comienzo del torneo. Mi amiga Laurie es fotógrafa de eventos, y eso se traduce en excelentes localidades para los mejores espectáculos. Y como yo soy la pareja más estable que tiene, casi siempre me apunto.

Levanté del suelo la falda de mi maxi vestido para ventilarme los tobillos. Había visto a Paris Hilton con un vestido similar en el festival de Coachella de ese año y pensé que sería perfecto para Wimbledon, pero al ver los conjuntitos de Jack Wills y Ralph Lauren de los demás pasajeros, me sentí un poco ridícula con mi vestido desteñido.

Por fin las puertas se abrieron en Southfields y salimos todos al andén. Seguí a la multitud durante los quince minutos de paseo hasta llegar a las famosas pistas de tenis.

Cuando entré en el All England Lawn Tennis and Croquet Club, Laurie se abalanzó sobre mí hecha una maraña de cámaras, bolsas, *merchandising* y pelo negro enredado.

—¡Elle! ¡Acabo de ver a Venus Williams saliendo del lavabo! —me gritó a modo de saludo.

—¿Estás segura? Yo creo que tendrá su propio baño en los vestuarios.

Laurie meditó mis palabras.

—Bueno, le he sacado una foto, podemos comprobarlo después. Si no es ella, entonces tengo una fotografía de una chica imponente saliendo de un lavabo.

—¿Qué has comprado? —El piso de Laurie estaba lleno hasta los topes de recuerdos de todos los sitios donde ha estado. Es la única per-

sona que conozco capaz de llevarse cualquier cosa de los carísimos puestos de *merchandising* de los conciertos, o que compra los albornoces, toallas y jaboneras en las tiendas de regalos de los hoteles, en lugar de robarlos de la habitación como hace todo el mundo.

—De todo. He conseguido camisetas, lápices y muñequeras —dijo colocándome una de esas pulseras acolchadas en la muñeca.

Hicimos una parada técnica en un puesto de fresas y en el bar antes de trasladar todos los trastos de Laurie hasta la pista central y acomodarnos en los asientos de plástico verdes. Las montañas de nata amenazaban con desprenderse de nuestras fresas y aterrizar sobre la cabeza del espectador que teníamos delante salpicándolo todo, y la espuma que coronaba nuestros vasos de plástico llenos de cerveza se derramaba sobre mis chanclas. No me di cuenta de que faltaba alguien hasta que no vi el asiento vacío que teníamos al lado.

—Un momento, ¿dónde está Tim?

—¡No me puedo creer que haya olvidado decírtelo! —exclamó Laurie—. Hemos cortado.

—¡Yo tampoco me puedo creer que te hayas olvidado!

—Bueno, era un tío demasiado fácil de olvidar. Tú misma lo acabas de corroborar.

Nos dimos un momento para lamentar la pérdida de Tim, que realmente era una persona fácil de olvidar, tanto que yo solía olvidar su nombre a menudo cuando salíamos y no dejaba de llamarle «querido».

—¿Qué ha pasado?

—Era incapaz de imaginarme saliendo con él dentro de dos años, por no hablar de envejecer a su lado. Era muy majo y todo eso, en realidad era un hombre muy agradable, y me habría encantado sentir algo más, pero todo era un poco aburrido. Así que rompí con él.

Entonces los espectadores empezaron a sisear para hacerse callar los unos a los otros mientras los jugadores, relucientes hombres que estrenaban en pantalones cortos de color blanco, ocupaban sus puestos a ambos extremos de la pista. Engullimos nuestras jugosas fresas mientras observábamos a esos caballeros sudorosos correteando a ambos lados de la red, lanzando sus pelotas de un lado a otro —por decirlo de alguna manera—, y acompañando sus movimientos con primitivos rugidos, cosa que me volvió a hacer pensar en las relaciones.

—¿Estás triste? —susurré.

—No. Sólo estoy decepcionada de que no haya salido bien, otra vez.

—A las chicas no les va a gustar nada este contratiempo —la regañé. «Las chicas» son el grupo de amigas que se fue formando durante nuestros años de universidad. Somos un conjunto de personalidades opuestas que se atraen entre sí. A excepción de Laurie y yo, todas han madurado y ya se han casado, tienen una hipoteca o se han unido al club del bebé. Y no paran de intentar abducirnos.

—Y que lo digas. Cuando Tim y yo quedamos para tomar algo con Jasmine hace algunas semanas, no dejó de proponernos ideas de lugares a los que ir de luna de miel. La verdad es que... —Laurie hizo una pausa y suspiró en sus fresas con nata—. No quiero seguir saliendo con hombres sin llegar a sentir nunca que de verdad estoy unida a alguien.

—Te entiendo —la tranquilicé. Pero no la entendía. A mí me parecía que todo eso requería demasiado esfuerzo. Me costaba pensar en estar unida a alguien, que ese alguien se viniera a vivir a mi casa, tener que decidir entre los dos la película que íbamos a ver y lo que íbamos a cenar, incluso recordar que si pensaba quedarme a trabajar hasta tarde, tendría que avisar a «mi otra mitad». Me cansaba el mero hecho de imaginarlo.

—No quiero tener la sensación de estar actuando —dijo Laurie poco después.

—Ya.

—No quiero tener la sensación de que siempre soy la dama de honor.

—Pero tú nunca has sido la dama de honor de nadie. La verdad es que es muy divertido. Te sientes súper importante.

—Sólo quiero sentir...

—¿Qué?

—Amor. Necesito un poco de *love*.

—*LOVE!* —bramó el juez de silla desde la pista.

—¡Déjame en paz! —le gritó Laurie, y luego se escondió detrás de la cámara cuando unas veinte personas se volvieron para sisearle.

Nos acomodamos para ver el partido. Las bolas de color amarillo fosforescente cruzaban el cielo azul para después ser golpeadas con un

rugido de vuelta al lugar del que procedían. Me moría por volver a prestarle toda mi atención a Laurie, me preocupaba que estuviera allí sentada sufriendo en silencio. Por fin se hizo un parón en el juego y un creciente murmullo se adueñó de las gradas.

—Voy a dejar de buscar pareja por Internet, ¿sabes? —dijo Laurie volviéndose hacia mí y alargando la lengua hasta el fondo del cuenco para lamer la nata.

—¿Ah sí? ¿De verdad vas a pasar de los tíos y te vas a unir a mi club de solteronas felices?

—De eso nada. Sólo digo que voy a hacer las cosas a la antigua. Quiero conocer a alguien en persona.

—Eso suena bien. ¿Y te vas a apuntar a un gimnasio o algo así?

—No, no. No vamos a hacer nada de eso. —Laurie me sonrió poniendo su cara de «tengo una idea». Tengo una idea. Y es una idea tan buena que quiero que vengas conmigo. Creo que nos merecemos unas vacaciones.

—¡Oooo, sí! Me encantan las vacaciones. Y ya hace mucho tiempo que no voy a ningún sitio. ¿Adónde podemos ir? ¿A Cancún? ¿Grecia? ¿Otra vez a Tailandia? —le pregunté alzando las cejas.

—Bueno, en realidad ya he elegido el destino, pero creo que te va a encantar.

—Oh.

—Sujeta esto. —Laurie me dio su plato de fresas vacío lleno de babas y se agachó para coger el bolso que tenía entre las piernas. Después de una búsqueda muy poco femenina, cogió la cerveza y se tragó lo que quedaba para darme también el vaso vacío. Entonces sacó un fino y brillante folleto y se lo colocó sobre el regazo posando las manos encima de él. En la portada y por entre sus dedos, pude ver una enorme y reluciente copa de vino sobre el soleado paisaje de un viñedo. Interesante. La verdad es que adoro el vino y el sol.

El público vitoreó y Laurie levantó las manos para aplaudir como si supiera lo que estaba ocurriendo en la pista, y entonces pude leer el título del folleto.

—Vacaciones El embrujo del Merlot —leí—. ¿Qué clase de vacaciones son esas?

—Son unas vacaciones en un viñedo de Italia.

—Suenan bien. Un poco de tinto, un poco de blanco, una siesta bajo el sol...

—Y algunas carantoñas con un hombre «con mucho cuerpo».

—¿Qué?

—Nada. Bueno, es que es un viaje en grupo.

—¿Como una excursión guiada?

—No, es más bien una oportunidad para conocer otras personas en un sitio donde se hacen actividades con más gente.

Vi cómo uno de los jugadores se vaciaba una botella de agua por encima para el regocijo de una de las mujeres del palco real.

—Entonces, ¿hay que relacionarse con los demás huéspedes?

—Es bastante inevitable.

—Pero qué clase de... ¿Son unas vacaciones para solteros? —siseé.

—Sí, pero tengo muchas ganas de ir y me encantaría que vinieras conmigo.

—Ni de coña.

—Por favor, Elle. Será muy divertido.

—Pero es que no quiero.

—¿Por qué no?

—Pues porque... ¿El embrujo del Merlot? Suenan muy estúpido. —Le quité el folleto—. Estará lleno de ligones empalagosos y nos obligarán a participar en juegos con bebidas de esos subiditos de tono.

Pero al pasar las páginas vi fotos de amaneceres sobre pueblos medievales, colinas cubiertas de viñedos y deliciosos platos italianos; ni rastro de sadomasoquistas enmascarados ni de la discomóvil.

—Siempre estás hablando de lo mucho que te gusta estar soltera. ¿Por qué no quieres hacer unas vacaciones para solteros?

—¡Porque el objetivo de unas vacaciones para solteros es conocer potenciales parejas!

—Supongo que...

—¿O es que sólo va de echar un polvo bajo el sol?

—No, va de lo otro. Bueno, quizá también haya parte de lo segundo. Pero esto no son unas vacaciones para jovencitos, Elle, es una propuesta para gente con clase. Como tú. —Tiré de mi sudoroso brazo y me miró. En sus ojos vi lo inevitable: acabaría aceptando.

—No puedo dejar el trabajo.



—Claro que sí. Este año aún no has hecho vacaciones.

—¿No podemos irnos a Cancún?

—Te prometo que iremos el año que viene.

Suspiré.

—¿Y qué voy a hacer yo? ¿Hay algo en lo que yo pueda ocupar el tiempo mientras tú sondeas el mercado?

—Hay un montón de cosas que hacer. —Abrió el folleto por una página en la que se veía una sonriente pareja de mediana edad apoyada contra una hilera de Vespas. Tras ellos se extendían los tonos terracota del inmenso viñedo de la Bella Noche—. Puedes recoger uva, pasear, alquilar una Vespa y visitar los alrededores. O te puedes limitar a catar todos los vinos y quedarte dormida al sol.

Mi amiga es irritante. Es como si tuviera un chip incorporado capaz de detectar todos mis puntos débiles, que además sabe perfectamente como atacar. Laurie acabó logrando que me planteara su proposición tentándome con la idea de dormir al sol y una interminable hilera de copas de vino. Supongo que se puede decir que me embrujó con el Merlot. Cielo santo, ¿en qué me estaba metiendo?

*A* finales de la semana siguiente la oficina se preparaba para cerrar sus puertas antes de lo habitual. Iban a fumar debido a una invasión de moscas de la fruta (gracias a alguna adicta al régimen de contabilidad apasionada de los zumos de frutas). Yo había quedado con las chicas —Jasmine, Helen, Emma y Laurie—, para tomar una copa junto al río. Cuando llegó la última integrante del grupo, Marie, que venía acompañada de su estrujable bebé Daisy, el hielo de la primera ronda ya se estaba derritiendo.

—Hace tanto calor que no deja de salirme leche de los pezones.

Dejé de beber mi White Russian, un cóctel delicioso que se prepara con vodka, licor con sabor a café y nata líquida.

—¿Fabrican leche cuando tienes calor? ¿Eso es normal? ¿Y qué hacen las mujeres que viven en países como Tunisia? —preguntó Laurie pegándose el botellín de cerveza a la frente sudorosa.

—Creo que mi cuerpo está intentando encontrar cualquier forma posible de refrigerarse. Ayer al mediodía acabé encaramándome sobre

la piscina infantil porque chorreaban como las cataratas Timotei. —Se quedó mirando mi coctel—. Quiero tu alcohol.

—Claro. —Deslicé la bebida lechosa por la mesa.

—¡No! —Jasmine me dio una palmada en la mano mirándome con cara de «no tienes ni idea de lo que significa ser madre»—. Lo estás haciendo muy bien. Ya te queda poco.

—Sólo quiero un poco de vino. Sólo cuatro enormes copas de vino. —Rebuscó a tientas su zumo de naranja incapaz de ver la mesa por culpa de sus enormes pechos—. Dios, ¡estas protuberancias son ridículas!

—Pues yo creo que tienes unas tetas fantásticas —dijo Laurie con envidia.

—Pronto las tendrás. Tim te va a dejar embarazada en seguida.

Volví a coger el White Russian. Allá vamos.

—No, Tim y yo hemos roto.

Se hizo un coro de «oh-no» y las cuatro ladearon la cabeza hacia la derecha.

—¿Por qué? —preguntó Jasmine personalmente ofendida—. Era tu media naranja.

—Que va —dije—. Tampoco le gustaba tanto.

—Pero yo creía que os ibais a casar.

—Tampoco llevábamos tanto tiempo juntos.

—Habría sido un gran padre —suspiró Emma, y las demás asintieron con lástima.

—No pasa nada. Elle y yo tenemos un nuevo plan. —Laurie rebuscó en su bolso y sacó el folleto—. Nos vamos a ir a unas vacaciones para solteros.

Gritos de euforia.

—Para solteros pijos —aclaré—. A un viñedo de la Toscana a catar vinos y cosas así.

—¡Las vacaciones se llaman El embrujo del Merlot! —dijo Laurie con orgullo. Las chicas se rieron.

—Vaya, ¿desde cuándo sirven membrillo con el vino? ¡Qué empalagoso! —bromeó Jasmine. Marie se rió con tantas ganas que le empezó a salir leche otra vez y tuvo que pedirle a Emma que cogiera a Daisy.

—El viñedo se llama Bella Notte.

Era muy consciente de que me estaba enfadando, cosa que era ridícula teniendo en cuenta que yo había reaccionado exactamente igual que ellas, pero me molestaba ver cómo se metían con las primeras vacaciones que iba a disfrutar en mucho tiempo.

—Qué bonito —dijo Marie—. Os imagino a las dos mirando las estrellas y bailando el mambo con los *signores* felizmente ebrias de vino. ¿Os vais a besuquear con alguien? —Se le nublaron los ojos mientras viajaba a nuestro embriagador mundo de soltería.

—Yo sí. —Laurie levantó la mano.

—¿De verdad? ¿Con lengua? —susurró Helen.

—Pero ¿es que hay alguien que no se bese con lengua? ¿Acaso no es lo normal? ¿Es que la gente se besa diferente hoy en día? —preguntó Jasmine mirándonos en busca de respuestas.

—No lo sé. Yo no me beso con nadie —respondí.

—Pues deberías. —Helen clavó su copa de vino en la mesa—. ¿No crees que sería una grosería no hacerlo durante unas vacaciones para solteros? ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—No creo que sea la clase de vacaciones para solteros donde la gente va a apuntarse tantos. Imagino que lo más probable es que sea un grupo de solteros mayores, no un grupo de jovencitos. Es posible que seamos las más jóvenes de todos.

—Los hombres mayores pueden ser muy estimulantes —dijo Helen que tenía un marido más joven que ella—. Mirad a George Clooney.

—Un momento —intervino Emma—. George Clooney vive en Italia, suele estar soltero y es mayor. Quizás esté allí.

—¡Seguro que estará! —exclamó Helen—. ¡Te vas a casar con George Clooney!

—No. George está comprometido. Pero aunque no lo estuviera, aunque estuviera dispuesta a tener un rollo de verano si él quisiera, no creo que ni Laurie ni yo vayamos a volver de estas vacaciones con planes de boda.

—Sin embargo, esta escapadita tiene algo. Eso de estar en un lugar exótico sin tener que fregar platos...

—Y tomar una copa de vino tras otra —añadió Marie.

—...te predispone al romance. Brian se declaró después de tomarse cinco Bahama Mamas en Barbados.

—Ellie se me declaró a los pies del monte Snowdon —dijo Emma.

—¿A los pies?

—Cuando llegó el momento no teníamos ganas de subir. Pero estábamos de vacaciones. Mi amiga Claudia se lleva a Nick a Nueva Zelanda la semana que viene, seguro que vuelven comprometidos.

—Pero tú hablas de parejas estables. Yo no tengo ninguna intención de pasar por la vicaria en breve. —Jasmine y Marie intercambiaron una mirada, cosa que me enfureció todavía más. Yo me conozco más de lo que me conocen ellas. ¿Por qué pensaban que sólo podía ser feliz siendo como ellas? Yo no era soltera porque nadie me quisiera, ni porque transmitiera demasiadas vibraciones de desesperación, ni por ese rollo de que no encontraría un hombre hasta que dejara de buscarlo, y no, papá, tampoco porque fuera lesbiana. Era porque me gustaba mi vida, me encantaba llegar a mi piso y poder ser yo misma y aprender coreografías; yo había elegido ser soltera. Y estaba empezando a cansarme de tener que justificarme ante todo el mundo. Evidentemente este pequeño discurso no me salió como pretendía y en su lugar balbuceé como una adolescente deprimida—: No pienso abandonar mi vida por la idea que la sociedad pueda tener del que debería ser mi señor Don Perfecto. Es lo que hay.

—Yo me alegro de no tener que ir nunca más a ningunas vacaciones para solteros —suspiró Jasmine.

—No es que tengamos que ir, es que queremos ir. —Laurie sonrió y abrió el folleto por una página donde se veía una enorme fotografía de una chica subida a una Vespa con el sol italiano reflejado en las gafas de sol—. ¿Cómo podríamos no querer ir?

—Exacto —dije—. A veces es agradable irse de vacaciones sabiendo que no habrá parejas y niños por todas partes.

—Hablando de las vacaciones de los niños —dijo Jasmine—. ¿Alguien sabe dónde puedo comprar buenos pañales orgánicos de viaje? Como habréis visto en facebook, ayer por la noche Max estrenó su orinal y fue lo más adorable que he visto en mi vida, pero nos vamos a...

Soy una mala amiga, pero confieso que desconecté. Miré por detrás de las chicas, clavé los ojos en la arquitectura blanca del Old Royal Naval College y me pregunté si algún día querría volver a la universidad o si me apetecería alistarme a la marina. Luego pensé en ese vídeo de

YouTube protagonizado por un gato vestido de tiburón dando vueltas por la casa de alguien subido a un Roomba. Eso sí que era lo más adorable que había visto en mi vida. No creo que un niño meando en un cubo tenga ni punto de comparación.

*L*a semana anterior a mis vacaciones, la oficina parecía más ajetreada que de costumbre, si es que eso era posible. Tenía pendientes un millón de cabos sueltos que quería dejar bien atados y un millón de «tonterías» que mis compañeros querían que hiciera antes de marcharme. Yo odiaba decir que no podía hacer algo, así que siempre decía que sí. Pero a veces me daban ganas de echarme a llorar. Para mí no conseguir salir adelante no era una opción.

Soy una de las tres gerentes de marketing de una agencia de relaciones públicas de la City, y aquella mañana había llegado a la oficina a las ocho menos diez. A las dos y media necesitaba estirar las piernas porque no había pasado de los lavabos y de la máquina de café en todo el día. Por eso decidí pasearme un poco por delante del despacho de Donna.

Donna es nuestra directora ejecutiva y algo así como mi ídolo, aunque nunca le he dicho mucho más que «hola», «sí, me encanta trabajar aquí» y un «en realidad me llamo Elle». Pero es una mujer, la única mujer que está cerca de la cima de la empresa, y algún día yo también quiero estar ahí con ella, por lo que necesitaba darme a conocer.

Me atusé el pelo, cogí un archivador, aunque no tenía ni idea de lo que había dentro, y bajé a su planta con la intención de pasearme por delante de su despacho.

Esto es lo que yo esperaba que pasara:

*Paso por delante del despacho de Donna con seguridad y profesionalidad y ella levanta la cabeza.*

—¿Elle?

—Ah, hola —le digo entrando en su despacho—. ¿Cómo está tu hija?

—Está muy bien, gracias por preguntar. Ya hace tiempo que quería comentarte una cosa. Este un trabajo a largo plazo para ti, ¿no?

—Claro. No tengo planeado irme a ninguna parte.

—Eso es estupendo. Tienes una gran ética laboral. Ya me he dado cuenta de las muchas horas extraordinarias que haces, la pasión que de-

*muestras por esta empresa y cómo te esfuerzas por conseguir buenos resultados. Y además todo el mundo te adora. Vamos a seleccionar a una persona para un puesto que te iría como anillo al dedo. Es para un cargo muy elevado e importante, dispondrías de tu propio despacho, una tarjeta de crédito de la empresa y un sueldo de seis cifras; y la gente te agregaría a sus cuentas de LinkedIn.*

*—Donna, ¡te agradezco mucho que hayas pensado en mí! ¡Me encantaría!*

*Esto es lo que ocurrió en realidad:*

Pasé por delante de su despacho cinco veces. Al final, Donna se levantó y cerró la puerta. Sufrí un leve ataque de pánico cuando se me ocurrió que podría pensar que no tenía mucho trabajo si me sobraba tiempo para pasearme por la oficina y decidí hacer dos horas extras antes de irme a casa por la tarde.

Pero no me acobardé, ya lo volvería a intentar al día siguiente.

El resto del día se esfumó tras la habitual cortina de llamadas, planes de marketing, presentaciones de PowerPoint y otros problemas, hasta que mi estómago emitió un fuerte rugido y miré el reloj que tenía junto a la pantalla: marcaba las 19:25. Levanté la cabeza y me di cuenta de que no había nadie más en la planta. Ni una alma.

Le di media vuelta a mi silla y me ayudé con los pies para arrastrarme con ella hasta la ventana, donde apoyé la frente contra el cristal para mirar la calle. Algunos de mis colegas y desconocidos trajeados salían de los bares y restaurantes y disfrutaban del cálido aire de la noche que yo ya no podía sentir porque el sol se había escondido detrás del edificio de enfrente, y esa falta de vida hizo que el aire acondicionado me pareciera más frío.

¿Por qué me empeñaba en esforzarme tanto? Toda esa gente parecía divertirse mucho más que yo.

Decidí marcharme pronto por una vez y cenar fuera, picar algo bajo los últimos rayos de sol. Volví a arrastrar la silla hasta mi mesa y cuando me disponía a apagar el ordenador recibí un correo electrónico de Donna. Le contesté en seguida esperando ganar algunos puntos y luego me recliné en la silla y esperé.

Aguardé quince minutos por si acaso recibía alguna respuesta elogian-  
do que aún estuviera en mi puesto de trabajo, pero nada. Y entonces la  
señora de la limpieza apagó la luz y el mundo me olvidó, me hice invisible.

Me quedé allí sentada durante un rato observando cubículo tras  
cubículo de mesas vacías, panorama que a la tenue luz que se colaba por  
los cristales tintados resultaba de una vacuidad escalofriante. Yo era  
una trabajadora importante para esa empresa, ¿no? Me necesitaban, era  
un recurso valorado. Era una de sus mejores trabajadoras. Quizá no  
siempre se dieran cuenta de que estaba allí, pero vivía convencida de  
que la semana siguiente se darían cuenta de que no estaba. ¿No?

Al final me marché a casa. De todos modos estaría de vuelta en  
menos de doce horas.

Al día siguiente volvía a estar de nuevo en el despacho. Era mi último  
día de trabajo antes de las vacaciones y estaba metida en la sala de juntas  
en compañía de otras quince personas esperando a que comenzara una  
reunión.

Me pregunté cuánto duraría la reunión para poder volver a centrar-  
me en mi interminable lista de tareas pendientes.

Entonces me pregunté si Dan del departamento de contabilidad  
sabría lo mucho que se parecía a Anneka Rice.

Qué desastre, la nueva camisa que me había comprado para el tra-  
bajo también se entreabría a la altura de los pechos.

Cuando el reloj marcó los diez minutos que pasaban ya de la hora a  
la que se suponía debería haber comenzado la reunión, dejé escapar un  
descomunal suspiro acompañado de un accidental y audible «Aaaaaar-  
rrrrrggggghhhhh».

—Supongo que te mueres de ganas de salir de aquí para irte de va-  
caciones —murmuró Kath, una de mis ejecutivas, que estaba sentada  
junto a mí apurando su tercer café aguado.

—Es que me molesta mucho esta situación. Estamos todos muy  
ocupados y aquí nos tienes, encerrados esperando a una sola persona.  
Que por cierto, ¿quién es?

—Relájate y piensa en el *gelato* que te estarás comiendo la semana  
que viene a esta misma hora.

Todo mi equipo sabía que me marchaba de vacaciones a Italia, pero no sabían nada más. Sólo me faltaba que ellos también me dieran la paliza sobre mi soltería. O peor aún, que cuando volviera se pusieran todos a preguntarme si había conocido a alguien «agradable».

—¿Te las arreglarás bien sin mí? ¿Te gusta cómo va todo con la cuenta de Lush Hair?

—Claro que sí. Vete tranquila, diviértete y deja de preocuparte tanto.

Se abrió la puerta y Donna entró en la sala. Yo me enderecé automáticamente, estiré de la tela de mi camisa para cerrar el agujero y casi me caigo de la silla en un intento de parecer la persona más profesional de toda la sala. Donna transmitía algo que siempre me hacía sentir que debía demostrar lo mejor de mí misma.

—Buenos días a todos, empecemos —dijo sin rodeos. La reunión comenzó y yo me esforcé al máximo para parecer interesada y segura y traté de formular preguntas perspicaces, cosa que sólo conseguí hacer una vez cuando dije:

—¿Y quieres que pongamos todo el título: Primer Ministro Boris Johnson?

—No, Ellen —dijo Donna—. Pondremos *alcalde* Boris Johnson.

—Eso quería decir, jajaja, qué tonta, oh, y me llamo Elle, por...

Mi voz quedó eclipsada por el discurso de Dan, que empezó a exponer su tabla Excel.

Kath se inclinó hacia mí.

—No te preocupes, yo siempre los confundo. Tú intenta recordar que el rubiales es el alcalde.

*D*ecidí ir a visitar a mis padres a la costa de Devon y tomarme un buen té con leche y pastitas antes de que saliera mi vuelo a Italia el martes por la mañana. Aunque el viaje sólo duraba diez días, el año anterior tuve algunos problemas por no agotar todos mis días de vacaciones, así que en esa ocasión cogí dos semanas enteras. Me ponía nerviosa pensar que pudieran darse cuenta de que les iba muy bien sin mí, que no me necesitaban para nada, y que me despidieran antes de que pudiera decir *arrivederci*.

Así que la noche del viernes, cuando por fin salí del despacho, me



subí a un tren con destino a Exeter donde me recogió mi madre para llevarme a casa. Una vez allí me dejó en brazos de Morfeo en la que fue mi habitación de adolescente, con sus paredes violeta, un sillón hinchable y un enorme póster desgastado de Craig McLachlan que nunca le dejé descolgar.

Me despertaron los golpes de las gaviotas en el techo, que no dejaban de graznar lamentando la abominable escasez de patatas fritas a las seis de la mañana, y por la visita de nuestro gato, *Breakaway*, que se había puesto de cuatro patas sobre mi estómago y me miraba como diciendo: «¿Ves cómo se me hunden las patas en tu barriga? PIERDE PESO».

Mamá ya se había levantado. Yo no puedo empezar el día sin comerme un puñado de patatas fritas y leer los correos del trabajo antes de quitarme el pijama, y ella no puede empezar el día sin darse un paseo por la orilla del mar. Me apropié de un bote de Pringles y salí de casa corriendo para alcanzarla.

El mar estaba en calma, pero soplaba una fría brisa bajo las pocas nubes que se habían instalado en el cielo rosa de la mañana.

—Hace fresco, ¿no? —bostecé entrelazando el brazo con el de mamá.

—Estoy convencida de que estas nubes habrán desaparecido a mediodía. Estamos en las Fiji de Inglaterra, aquí nunca llueve. Seguro que en Italia hará más calor, ¿eh?

—Eso espero. Tengo toda la intención de pasar de Laurie y tumbarme al sol con una copa de vino a engullir toda la comida italiana que pueda.

—Suena muy bien. Me encanta Italia. Me podría pasar todo el día comiendo *antipasti*.

—¡Pues deberías hacerlo! Yolo, mamá.

—¿Cholo?

—Yolo. Es el acrónimo de *you only live once*. Significa «sólo se vive una vez».

—Entonces, ¿en un funeral podría decir: bueno... yolo?

—No lo creo. Se utiliza más bien para decir que hay que disfrutar del momento. No es un: ja-ja estás muerto. Es algo que decimos los enrollados de la generación *hashtag*.

—¿Has bebido?

—No. Un *hashtag* es... Da igual. Sí, los *antipasti* son deliciosos.

—¿Sabías que la primera vez que me fui de vacaciones con un chico fue para ir a Italia?

—¿Un chico que no era papá?

Mamá se deshizo en carcajadas. ¿Puede haber algo mejor en el mundo que una persona riendo? Me encanta ver esa explosión de alegría espontánea en la cara de otra persona y saber que esa es la enfermedad más contagiosa del mundo.

—¡Pues no, no era papá! Me llevó a Italia con la intención de declararse en la Fontana di Trevi, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo yo miré mi helado de fresa y me di cuenta de que me gustaba más que él, y ese fue el fin de nuestra historia.

—Vaya, mamá. Eres una rompecorazones.

—Sólo llevábamos un par de meses juntos. Creo que su madre quería que encontrara esposa.

—Pero nunca has estado en la Toscana, ¿no? Con o sin padres potenciales del pasado.

—No, pero parece un lugar precioso. Algún día me gustaría ir a pasar uno o dos meses a pintar cuadros y...

—¿Comer *antipasti*?

—Comer *antipasti*.

—Me gustaría que te vinieras de vacaciones conmigo.

—No estoy segura de que me vayan mucho las vacaciones para solteros. Además sería injusto para tu padre.

—A mí tampoco me van.

Nos detuvimos para apoyarnos en la barandilla y observar las olas del mar mientras el viento nos azotaba el pelo. Las únicas personas que había por allí a aquellas horas de la mañana eran los que habían salido medio dormidos a pasear al perro y algunos madrugadores armados con detectores de metales.

Mamá me rodeó con el brazo y yo me acurruqué contra ella.

—No te cierres en banda, cariño. En la vida hay más cosas aparte del trabajo.

—¿Cómo los *antipasti*?

—Ya sabes a qué me refiero. No te hará ningún daño disfrutar de algunas de las maravillas de la vida. *Hashtag* yolo.

Aquella tarde mamá se puso a hacer un pastel y yo me encaramé a la barra americana de la cocina armada con una cuchara dispuesta a robar un poco de masa cruda. Observé cómo llenaba un cuenco con mantequilla derretida, sirope dorado, harina, azúcar y huevos, y luego lo batía todo con energía. Y yo cada vez me acercaba más.

La cocina se llenó de dulces y cálidos aromas y ya no pude resistirlo más: metí el dedo en la masa y ella me dio un golpecito en la mano con la cuchara de madera.

—Mmmm. Mamá, deberías ser fabricante profesional de pasteles. Tendrías que ser pasteleraa.

—Me parece que a sanidad no le gustaría nada que metieras el dedo en todos mis pasteles.

Sonreí y volví a introducir el dedo a la velocidad del rayo.

—Es culpa tuya por hacer cosas tan ricas.

—Hacer este pastel es muy fácil. —Espolvoreó un poco de jengibre en polvo sobre la masa—. ¿Quieres que te dé la receta?

—Yo no tengo tiempo de hacer pasteles.

—Quizá deberías intentar salir del despacho a una hora normal por lo menos una vez a la semana. Tengo la sensación de que sólo hablamos cuando vuelves a casa en plena noche.

—No salgo en plena noche. —Esa vez metí la cuchara. La masa era deliciosa: suave y mantecosa—. Nunca salgo más tarde de las nueve. Además, cuando sea directora de marketing probablemente pueda entrar y salir cuando me venga en gana y no tenga que trabajar nunca.

—En realidad eso no era cierto. Mi jefe, el actual director de marketing, se pasaba la vida ocupado y siempre tenía cara de cansado—. Bueno, quizá cuando sea presidenta.

Para mi dolorosa decepción, mamá metió la masa del pastel en un molde y vi cómo la alejaba de mí para meterla en el horno de la muerte. Pero entonces se puso a hacer crema de mantequilla para el recubrimiento. ¡Premio! La cuchara y yo volvíamos a estar a punto.

—¿Qué tal te va por el despacho? ¿Va todo bien? —Mamá me miró con atención.

—Sí, es genial. Me encanta el trabajo; me gusta mucho la empresa...

—¿Pero?

—Pero nada. —Mamá rebuscó entre los cacharros mientras esperaba—. Es que... ¡Ya estoy preparada para que me den un ascenso espectacular! —Me reí y robé un poco de crema de mantequilla.

—Pareces dedicarle mucho sudor y lágrimas.

—Sí, y es agotador, pero mi jefe parece contento conmigo y eso me da muchos puntos para lograr mi objetivo final.

—¿El objetivo de dominar el mundo?

—Sí.

—Está bien. Bueno, siempre que seas feliz. Recuerda que no les perteneces. Siempre estás diciendo que no quieres un novio que controle tu tiempo, no dejes que lo haga un trabajo.

—Sí, mamá. —Las dos sabíamos que eso me había entrado por un oído y me había salido por el otro—. ¿Qué tal te va a ti? ¿Cómo van las cosas por el monasterio?—. Mamá hacía de voluntaria varias veces a la semana en alguna propiedad de la Fundación Nacional.

Se le iluminó la cara.

—Es maravilloso. Estoy todo el día al aire libre rodeada de árboles y plantas. La semana pasada vino un grupo de niños de una escuela y los pequeños les pusieron nombre a todos los patos. Fue una monada.

—Suena bien. Entonces, ¿aún no te has arrepentido de haberte retirado?

—En absoluto. Ahora soy dueña de mi tiempo, voy dónde quiero cuándo quiero, no paro de tomar té con leche y puedo hacer un pastel a cualquier hora del día. No me digas que no te doy envidia.

—Quiero que sepas que puedes venir a Londres y preparar todos los pasteles que quieras en mi casa.

—¿Saldrás más pronto del trabajo?

—¿Me dejarás rebañar el cuenco?

—Trato hecho.

Entonces apareció papá con *Breakaway* entre los brazos. Los dos venían en busca de algo para picar.

—¿Qué estáis maquinando?

—Mamá va a venir a Londres para ser mi cocinera personal.

—¿Y por qué no vienes tú a vivir con nosotros y así nos hace de cocinera a los dos? —Papá siempre estaba intentando arrancarme de las garras de Londres. No dejaba de enviarme correos electrónicos so-

bre los crímenes que se cometían en la capital, accidentes de metro o incluso malos partes meteorológicos.

Intenté abrazarlos a él y a *Breakaway* a la vez, pero el gato saltó de entre sus brazos y se metió debajo de la mesa. Papá estiró el brazo por detrás de mí y metió el dedo en el cuenco de mamá.

—Mmmm. ¿Qué vamos a comer?

Mamá se limpió las manos.

—Elle, hoy decides tú. ¿Qué te apetece comer?

—¿Te apetece una buena ración de *fish and chips*? Pago yo —se ofreció papá.

—¡Madre mía! —exclamó mamá quitándose el delantal—. ¡Rápido, Elle!

Mamá y yo nos pusimos a correr por la casa como locas cogiendo bolsos, zapatos, gafas, el gato, volviendo a dejar el gato y bajando la temperatura del horno. No era muy habitual que papá abriera la cartera y dejara salir las polillas: teníamos que aprovechar la oportunidad antes de que la volviera a cerrar durante otros cien años.

El lunes llegó muy deprisa y aunque tenía muchas ganas de ir a Italia, siempre me enristecía irme de casa. Me despedí de Craig McLachlan y bajé mi equipaje del fin de semana. Mamá y papá me estaban esperando junto a la puerta y *Breakaway* me bloqueaba el paso frunciendo el ceño.

—¡Mirad, *Breakers* no quiere que me vaya! —Me senté en el suelo y lo cogí. Yo sabía que me quería. Se retorció y me enseñó las zarpas hasta convertirse en un suave remolino gris entre mis manos—. No te vayas, por favor, te quiero. —Enterré la cara entre su pelaje y se liberó de mi cautiverio. Levanté la cabeza para mirar a mis padres—. ¿Lo veis? Esa es una señal de que no debería tener novio.

Me puse de pie y mamá me dio un gran abrazo con olor a lavanda.

—Pásatelo muy bien, cariño.

—Gracias, mamá. Te mandaré un mensaje cuando llegue y te traeré algún regalito.

—Ooh, gracias. Alguna tontería. Espero que deje de llover pronto y mañana por la mañana tu vuelo salga sin problemas.

—¿Cuánto podría empeorar un verano en Inglaterra? —Me reí mirando al cielo.

—No dejes que Laurie beba mucho.

—De acuerdo.

Mamá me miró a los ojos.

—No hagas nada que no quieras hacer.

—Vale.

—¿Estás tomando la píldora o algo? —susurró cuando papá se alejó para meter mi maleta en el coche; me iba a llevar él a la estación.

—Sí —dije y me sonrojé.

—Muy bien. Recuerda que debes hacer lo que te haga feliz. Podrías utilizar estas vacaciones para averiguar qué es.

El problema de las madres es que casi siempre tienen razón y no supe muy bien cómo debía tomarme ese consejo. Después de un último abrazo me aguanté las ganas que tenía de que se viniera conmigo y me marché.

Cuando llegué al aeropuerto me sentía como Cameron Diaz. Le había copiado un conjunto para viajar que le vi llevar en una ocasión. Y a pesar del mal tiempo que hacía de repente, me atreví incluso con las gafas de sol y el sombrero de fieltro. Pero después del tercer *capuccino* me quité el sombrero y las gafas y miré el reloj con nerviosismo. ¿Dónde narices se había metido Laurie?

Intenté volver a llamarla. Ring-ring, ring-ring.

No podía plantarme y dejar que fuera sola a esas estúpidas vacaciones para solteros a las que yo ni siquiera quería ir.

Ring-ring, ring-ring.

Volvió a saltar el contestador. Otra vez. La lluvia aporreaba con violencia los cristales de la terminal, parecía que hubiera una manada de *zombis* hambrientos tratando de entrar para infectarnos a todos. El cielo estaba completamente gris y las luces rojas salpicaban el panel de salidas. Daba la sensación de que hubiera alguien ahí arriba recordándonos que no nos encariñáramos demasiado de los shorts: seguíamos estando en Inglaterra.

El metro es conocido por averiarse en cuanto se produce el mínimo

cambio en el tiempo, ya sea demasiado viento, demasiado calor, demasiado frío, demasiadas hojas o demasiada lluvia. Imaginé que Laurie estaría atrapada en medio de la línea de Picadilly y que en plena conmoción, con el corazón acelerado y sufriendo un colapso nervioso entre los demás pasajeros, les acabaría confesando que estaba destinada a conocer a Don Perfecto y que si no llegaba a tiempo al aeropuerto se tendría que casar con su primo.

Ojalá supiera que estaba en el metro y por tanto de camino. Las taquillas del *check-in* cerrarían en veinte minutos y nos estábamos quedando sin tiempo para disfrutar de las tiendas del *duty-free*. ¿Qué podía hacer? ¿Me marchaba sin ella asumiendo que cogería el vuelo siguiente? ¿O me quedaba esperando en el aeropuerto sentada en la maleta como un triste solitario escapado de una película de Richard Curtis?

—Elle.

Me di media vuelta, pero seguía sin ver a Laurie.

—Lo siento.

Tenía claro que era su voz. ¿Había tenido un terrible accidente de camino hacia el aeropuerto y me estaba hablando su fantasma?

—Pssst. Soy yo —dijo una silueta vestida de pies a cabeza con ropas anchas, la cara envuelta con una bufanda, gafas de sol y una gorra de camionero rosa.

—¿Laurie?

—Sí —gimoteó.

—¿Por qué vas vestida como una de las TLC?

—Eres tú la que va vestida como una de las TLC —afirmó en su propia defensa. Laurie se levantó un poco las gafas y me enseñó sus ojos hinchados.

—¿Qué te ha pasado?

—Tengo la cara hecha un mapa.

—Enséñamela.

Laurie se quitó la bufanda muy despacio y con toda la delicadeza que pudo; fue como ver una extraña coreografía de estilo *burlesque*.

—Me he puesto botox.

Tenía la cara hinchada y llena de manchas, los labios enormes y la frente compacta.

A veces en la vida no deberías reírte y no quieres reírte, pero sa-

ber que no quieres reírte hace que tu cuerpo te juegue una mala pasada y caes presa de un ataque de risa que intentas reprimir entre disculpas. Para mí esos momentos incluyen funerales, todo tipo de caídas y, evidentemente, que mi mejor amiga se destrozó la cara inyectándose botox.

—Debo de ser alérgica. ¿Puedes dejar de reírte?

—No me estoy riendo de tu cara. —Sí que lo hacía—. Me estoy riendo de... de tu reacción. Me hace gracia que creas que tiene mal aspecto porque no lo tiene. —Sí lo tenía—. ¿Te duele?

—Sí.

—¿Por qué te has puesto botox? Tú no tienes arrugas.

—Porque quería estar fabulosa para estas vacaciones.

Eso me provocó un nuevo ataque de risa que oculté con un poco de tos y arrastrando a Laurie hacia el mostrador del *check-in*. Me dio la sensación de que le preguntaban con especial interés si llevaba objetos afilados o inflamables en la maleta.

—La verdad es —decía Laurie cuando por fin pasamos el control de seguridad después de que nos cachearan y explicáramos el motivo de que la cara del pasaporte no estuviera hinchada—, que las famosas no paran de inyectarse botox y están estupendas.

—Tú también estás estupenda, en un par de días se te habrá desinflado la piel.

—Pero no tenemos un par de días, vamos a conocer a todo el mundo esta misma noche.

—Quizá la altitud del avión ayude un poco. ¿No dicen que la altitud hace algo con el líquido que tenemos dentro del cuerpo y...? —Me callé cuando recordé que lo que ocurre en los aviones es que se te hinchan los tobillos, y no a la inversa.

—¡No quiero padecer trombosis venenosa profunda en la cara!

Nos abalanzamos con descaro sobre las muestras que regalaban en el *duty-free* y Laurie se pintó sus enormes labios con un brillante pintalabios rojo de Elizabeth Arden.

—Me queda horroroso —afirmó—, pero puede que así consiga desviar la atención del resto de mi cara.

Compramos tres Toblerones gigantes y fuimos a esperar a la puerta de embarque rezándole a Cupido para que no cancelaran nuestro vue-



lo. Cuando nos llamaron para embarcar Laurie, que estaba abatida, se metió dos trozos de chocolate en la boca al mismo tiempo: había pensado que si salíamos con retraso tendría más tiempo para que se le desinflara la cara antes de llegar a Italia.

Laurie se hizo un ovillo junto a la ventana y se escondió todo lo que pudo del resto de los pasajeros mientras yo me acomodaba en el asiento del medio. Tenía un modelo masculino a la derecha, cosa que evidentemente significaba que iba a vomitar o que me tiraría el vino por encima.

—Hola —le dije. Lo mejor es quitarse la vergüenza cuanto antes.

—No pensarán despegar este trasto, ¿no? —me preguntó con pánico en los ojos.

—Me parece que sí.

—Pero está lloviendo.

—Puede que lleve chubasquero.

El señor modelo no supo qué pensar de mi comentario y siguió mirando hacia adelante tirando con fuerza de su cinturón. El viento ululaba y nuestro avión empezó a desplazarse por el aeropuerto en busca de la pista para despegar mientras las azafatas enseñaban sus chalecos salvavidas y daban instrucciones sincronizadas. Se escuchó el bramido de un trueno.

El avión se detuvo un momento, tomó aire y luego aceleró por la pista tambaleándose y retorciéndose como una de las bailarinas de Madonna. Luego despegó con un zumbido y un bamboleo que dejó a las azafatas con sendas sonrisas congeladas en la cara y al señor modelo agarrado de mi pañuelo de raso.

Quizá no sea la clase de mujer dada a compartir su alcoba con el primero que pasa, pero tampoco soy inmune a la lujuria. Por eso cuando tengo un tío bueno a escasos centímetros de la cara aferrado a mi pañuelo y pegado a mí en busca de protección, no es de extrañar que lo abraze, ¿no?

—Shhh —le tranquilicé.

—¿Has visto esas nubes? —susurró—. Estamos a punto de entrar en ellas y probablemente no volvamos a salir nunca.

Los campos cubiertos de niebla de Inglaterra desaparecieron a nuestros pies cuando nos adentramos en la espesa capa de nubes grises, que engulleron el avión y realmente me hicieron sentir que no íbamos a

salir jamás. Las turbulencias nos sacudieron de un lado a otro y la cabina se quedó en silencio hasta que se apagaron las luces.

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso? —gritó el señor modelo.

Las luces volvieron a encenderse y no sé cómo pero de repente era él quien llevaba mi pañuelo en la cabeza y se aferraba a las borlas de los extremos. El ritmo de su respiración aminoraba al mismo tiempo que remitían las turbulencias. Cuando alcanzamos la velocidad de crucero conseguí recuperar el pañuelo. Las azafatas nos sirvieron algo para picar a la velocidad del rayo y luego corrieron en busca de té y café. Coronaron el menú con polos para todo el mundo. Y justo cuando nos estábamos comiendo los helados, entramos en la zona de más turbulencias.

Se encendió la luz que indicaba que debíamos ponernos el cinturón de seguridad, como si alguien lo llevara desabrochado, cosa que por supuesto significó que una mujer de la parte delantera quisiera levantarse para ir a orinar.

—¿Señora? ¿Señora? Señora? Tiene que volver a su asiento, señora. El capitán ha encendido la señal que obliga a ponerse el cinturón de seguridad. ¿Señora?

—Pero es que necesito ir al servicio.

El avión se agitó con violencia y la mujer se tambaleó en el pasillo. El señor modelo volvía a estar bajo mi pañuelo.

—¡¿Por qué no meas en el mar cuando nos estrellemos?! —le gritó.

—Señora, por favor, siéntese ahora mismo.

No sé cómo lo hizo, pero Laurie, a pesar de no haber abandonado su asiento ni haber establecido contacto visual con ninguna azafata, se había provisionado de unas cuantas botellas en miniatura y se estaba tomando un whisky.

—¿London Gin o Bombay Sapphire? —me ofreció—. El Southern Comfort es para mí.

—London, por favor. ¿Y me das una para mi garrapata macizorra?

Le ofrecí una copa de Bombay Sapphire al señor modelo y se la tomó de un solo trago. El avión se volvió a agitar y se oyeron varios jadeos en la cabina. Laurie me cogió de la mano. El señor modelo me agarró del pelo. Miró por encima de mí y empezó a hablar como si fuera la primera vez que veía a Laurie.

—¿Por qué te has puesto eso?

—¿Y por qué llevas tú eso? —le contestó ella.

Entonces se desató una larga y violenta batalla dialéctica y el avión cayó varios metros. Se me revolvió el estómago. Yo suelo mantener la calma en los aviones, pero por primera vez en mi vida sentí miedo de verdad. Aquello no podía acabar así. Jamás me había enamorado de nadie. No dejes que esto se acabe aquí.

Una violenta sacudida hacia la izquierda me empotró contra Laurie y pude ver sus ojos a través de las gafas de sol: en ellos adiviné el mismo miedo que tenía yo. Entonces las máscaras de oxígeno se descolgaron del techo.

—Señoras y señores, ¿me prestan un momento de atención? —gritó el auxiliar de vuelo por el sistema de comunicación interna—. No se pongan las máscaras de oxígeno. No estamos perdiendo presión en la cabina. Las mascarillas sólo se han descolgado debido a las turbulencias. Repito, no es necesario que se las pongan.

Le quité la mascarilla de la cara al señor modelo mientras el avión seguía agitándose e intenté no vomitar ni echarme a llorar.

—Esto es culpa tuya —le gritó a Laurie.

—¿Por qué?

—¡Porque tienes un aspecto sospechoso! ¡Vas vestida como si pertenecieras a alguna banda callejera!

—Exacto niño bonito. Toda mi banda está ahí fuera menando este avión. Este jaleo no tiene nada que ver con las turbulencias. Idiota. ¿Por qué no te disculpas y nos enrollamos?

—¡No!

—Como quieras. Pero si morimos aquí no digas que no te he ofrecido un último momento de placer.

—Señoras y señores, en breves momentos iniciaremos el descenso al aeropuerto internacional de Pisa. Esperamos que hayan disfrutado del vuelo —dijo la temblorosa voz del capitán.

La brillante luz de un relámpago iluminó la cabina y el avión se alejó de la tormenta de un bandazo. Un polo relamido salió volando desde algunas filas más adelante y salió disparado dando vueltas hacia atrás para aterrizar en mi regazo de Cameron Diaz.

Cuando salimos del aeropuerto nos recibió una Italia cálida y tranquila. Laurie inspiró hondo y se apoyó en mí.

—Gracias al Vodka Todopoderoso que no está lloviendo. No quiero volver a presenciar una tormenta nunca más. Estaba convencida de que se me iba a desprender el botox de la cara.

Yo todavía no podía hablar. Aún tenía el estómago revuelto. Y no me ayudó nada visualizar una hilera de goterones de botox saliendo disparados de la nariz de Laurie.

—Estoy mareada —murmuré y saqué una tableta de Toblerone del bolso para meterme un triángulo de chocolate en la boca antes de que se me deshiciera entre las manos. Laurie me estaba mirando—. Pero el azúcar ayuda. Eso creo. Bueno, el chocolate va bien para todo. ¿Quieres un poco?

Negó con la cabeza y lo aceptó de todos modos. Cinco minutos después ya estábamos subidas al taxi, habíamos devorado toda la tableta de Toblerone y nos sentíamos mucho mejor; por fin parecíamos olvidar las turbulencias, la tormenta y ese polo masticado que había aterrizado en mi regazo.

El sol brillaba en lo alto del cielo mientras el taxi nos alejaba de Pisa y nos adentraba en el abrasador verde de la campiña Toscana. Dejábamos atrás hileras interminables de altos y estilizados cipreses y ante nosotras se extendía un paisaje salpicado de casitas de tejados rojos. Laurie hacía muecas a mi lado mientras se tapaba la piel morada de debajo de los ojos con Touche Éclat.

—¿Sabes qué acabaría con tu preocupación?

—Que alguno de los demás huéspedes sea un cachas medio cegato.

—Una copa de vino.

—Pues sí, eso ayudaría.

El taxi tomó un largo camino polvoriento que bordeaba un campo de olivos, todos ellos cargados de enormes olivas verdes. Subimos por una loma y los árboles dejaron paso a una interminable sucesión de viñas organizadas en hileras.

—Me bajaría del coche y me comería esas uvas ahora mismo —dije señalando las polvorientos racimos de uvas azules que colgaban de las viñas.

—No, no haga eso, aún están muy amargas —dijo el conductor.

Entrecerré los ojos a la luz del sol y vi la silueta de un hombre agachada a lo lejos, justo a la mitad de una de las hileras. También había un perro con abundante pelaje marrón brincando junto a él. Sentí la poderosa necesidad de bajarme del taxi para ir con ese hombre, recoger algunas uvas, tumbarme entre las viñas y disfrutar del verano.

Nos detuvimos junto a una casa que parecía tan italiana y tan distinta a todo lo que conocía en Londres que las preocupaciones y el estrés, que ni siquiera sabía que sufría, resbalaron por mi cuerpo como el aceite de oliva.

Ante nosotras se levantaba una enorme casa de piedra rosácea coronada por el típico techo de tejas rojas de la Toscana y salpicada de contraventanas de color rojo fuego. En la puerta se leía *Bella Notte* en enormes letras negras y de uno de los laterales descendía una escalinata que conducía a los viñedos. Las paredes rosadas y los campos de color verde esmeralda brillaban con tanta calidez bajo la luz del sol que tenía la sensación de verlo todo a través del filtro Valencia de Instagram.

—Italia... —suspiré respirando el vino y la paz en el aire. Nos quedamos allí plantadas. El cálido sol nos acariciaba la piel, teníamos los pies cubiertos de polvo amarillo y el canto de los pájaros mezclado con el ruido de los tractores trabajando en la lejanía era pura música para nuestros oídos.

—¡*Buongiorno!* —De la casa salió un hombre de mediana edad muy bronceado y con el pelo rizado. Unas arruguitas de felicidad rodeaban sus ojos oscuros. Por detrás de él apareció una voluptuosa mujer con una brillante melena negra y las mismas arrugas de felicidad—. ¡Bienvenidas a la *Bella Notte!*

¡Era Australiano!

—¡Eres Australiano! Es decir, hola.

—Sí, me llamo Sebastian, y esta es mi preciosa *bella, bella, bella* esposa Sofia.

—Yo soy Laurie —dijo mi amiga y dio un paso adelante con su extravagante atuendo.

—¿Lorry? ¿Cómo camión en inglés? ¿Bruum-bruum? —se explicó por señas Sofia haciendo ver que conducía y tocaba la bocina.

—No, más bien como ley en inglés, *law*.

—¿Leire?